
TRES POEMAS

JOSÉ CARLOS CATAÑO

Memoria que nada germinas,
Verde de bosque, blanca retama,
Desvaído
Azul de tanta plata
En el perfil refulgente de lo que es
Triángulo, sombra sobre el mar,
País o paisaje, hurtada memoria
Y la necesaria porción de complicidad
Y de remordimiento
Para enterrar a los muertos en la palabra
Sellada en los huecos de las cumbres
Entre el océano que nunca miraban
Y el murmullo de la tierra humeante.

A ciegas escribimos
La isla perdida y fingimos
alcanzarla algún día por mar
Como si fuera la cierta.

La muerte se agazapa
En las olas de estas páginas.
Hinchan su velaman
Los dioses del destierro.

El poeta, el trapero, los del arte de la plata,
Llegados hasta aquí sin saber el motivo,
Y poco importa si alguno existe.

No la voz, rota y recosida.
La perdida en el eco de la nave escribimos.

No responde el espejo con un otro
Que escinda, dé el tajo, consuele
A lo lejos.
A lo lejos de cosa parecida
A techo, o extenso, sólido terral de sol.

Cansa la sombra,
El escaso contorno dado al mar,
Dado al viento y a las nubes, a los signos
De una explicación posiblemente
interrumpida.

Ausente
La imagen del otro en el espejo, ¿quiénes
somos?

Más que deshabitado espejo, duele
Ser unicidad precoz, temprano respirar,
Caída prematura en uno mismo.
Un rostro indefinido
Aun del lado de la noche busco.
Transgredir
Es el aire del lugar, ínfimo o amenazado.
Y, sin embargo, al borde de la aurora
Siento que ya no existe cabida para un otro,
Diálogo con su cara hinchada, hinchada
Por un duelo anterior al llanto.

Demasiado tarde también frente al espejo. <